

EDITORIAL

A veces, la respuesta a las cuestiones que más nos inquietan, no están ni en los textos, ni en las instituciones, ni se diga de que se encuentran en la tecnología o en los valores materiales, acaso eso se encuentra en quienes nos rodean, en aquellos que depositamos nuestra total confianza.

A esta cuestión, sin embargo, la rodea un halo de insatisfacción, pero nosotros mismos podemos encontrar lo que tanto anhelamos: la libertad, la paz, la capacidad de asombro, la confianza en los demás.

Esto no se dará de repente, pero sí a partir de la constancia, a través de un buen autoexamen y el conocimiento de nuestro interior.

A una gran mayoría le parece de poco valor el apartar tiempo para averiguar realmente quiénes somos, sobre todo en una época tan vertiginosa, en la que muy pocos se sienten bien con la sencillez.

Se ha hecho una rutina la mala noticia, y parece que no volverán a crecer lotos en el estanque, ¿será que todo cuanto nos dispensa logro y comodidad nos deja poco tiempo para recordar que somos capaces de ser felices?

Aunque parezca increíble, a una gran parte de nosotros nos cuesta trabajo estar bien con todo lo que hacemos y con todos los que nos rodean.

Cabe recordar que todo lo hecho tuvo la buena intención de hacer más fácil nuestra convivencia. Entonces ¿qué nos impide el total logro? ¿será el modo en que se emplean los recursos? ¿quizá la pluralidad de la tecnología? ¿el asombro de lo que la humanidad hizo o está haciendo en campos como el tecnológico, el educativo, el artístico, el científico?

Sea cual fuere el lugar que ocupemos ahora, será tarea ardua el analizarnos, buscar respuestas a nuestras inquietudes, hallar el modo para ser de nuevo nosotros, volver a asombrarnos, utilizando con equilibrio los recursos naturales, económicos y técnicos para crecer en todos los sentidos. Para ello, no obstante, será indispensable valorar el recurso más valioso que podamos tener: la sensibilidad humana.